

Boris JOHNSON: *El factor Churchill. Un solo hombre cambió el rumbo de la historia*, Madrid, Alianza, 2015, 471 pp., ISBN: 978-84-9104-164-1

Alfredo Crespo Alcázar

Winston Churchill: la atemporalidad de un líder excepcional.

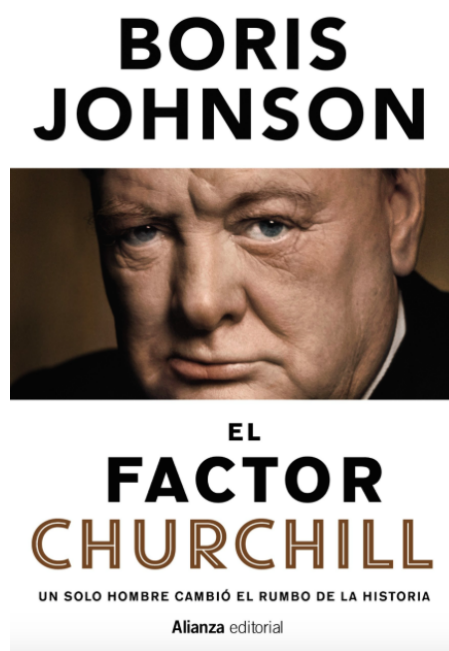
Hablar de Winston Churchill implica hacerlo de alguien que marcó una impronta no sólo política que se ha transmitido a lo largo del tiempo. Para los británicos, supone un referente moral y social; para quienes muestran simpatías electorales por el Partido Conservador representa su santo y seña. Así pues, resultan habituales las alusiones a su figura como argumento de autoridad para los primeros ministros que le han sucedido en el cargo.

Tras leer la obra que tenemos entre manos obtendremos un excelente retrato de quién fue y qué implicó el estadista británico. Boris Johnson, aún reconociendo sus simpatías por él, se ha sumergido magistralmente en la historia para acercarnos el escenario político en el que el protagonista forjó su leyenda. En efecto, a lo largo de casi 500 páginas desfilan por la obra innumerables líderes políticos y también un buen puñado de personajes que componían el círculo más íntimo de Churchill, con especial referencia al rol desempeñado por su esposa y por su padre. Asimismo, presenciamos descripciones minuciosas de las jornadas laborales del protagonista y de su capacidad para atender simultáneamente varias disciplinas (literatura, pintura, periodismo, política...) que nos sitúan ante un personaje irreverente, difícil de clasificar en una única categoría, pero cuyo comportamiento y actitud ante la vida respondía a una premisa innegociable: «con sus ridículos sombreros, sus monos de trabajo, sus cigarros puros y sus excesos alcohólicos, aportó una representación física de la idea básica de su filosofía política: el inalienable derecho de los británicos a vivir sus vidas en libertad.»(p. 175)

Igualmente, como la figura y personalidad de Churchill no pueden separarse del contexto nacional e internacional en el que vivió, la obra constituye un manual de historia mundial y de historia del Reino Unido (partidos, legislación, ministros, tratados, conflictos bélicos, procesos de descolonización...).

El riesgo del olvido.

El autor parte de un temor: que por la propia inercia de la historia Winston Churchill resulte olvidado o recordado de manera imprecisa, pese a la proliferación de obras



que lo han tenido como objeto de estudio. En consecuencia, la finalidad de Boris Johnson es reivindicar a Churchill, en particular la labor que desarrolló durante la Segunda Guerra Mundial como baluarte de la libertad frente al totalitarismo nazi.

Al respecto, el libro comienza oportunamente describiendo el ambiente político y social del Reino Unido en la década de los años 30. En el mismo, imperaba una peligrosa condescendencia (que mutó en cobardía) hacia las pretensiones del nazismo. Se trata de una acusación que el autor extiende a la clase política (David Lloyd George, líder del Partido Liberal y Primer Ministro entre 1916 y 1922), a la sociedad (concebía a Hitler como un baluarte frente a los bolcheviques), al mundo periodístico o incluso a la Monarquía. Asimismo, dentro de los diputados del Partido Conservador (*tories*) la opinión mayoritaria defendía la vía de la negociación con Alemania (simbolizada esta posición por el Primer Ministro Neville Chamberlain y por Lord Halifax, Ministro de Asuntos Exteriores), la cual era rechazada por Churchill, ya que «de nada sirve pensar que si intentáramos la paz ahora conseguiríamos mejores condiciones que si combatiéramos. Los alemanes nos pedirían la flota –en nombre del desarme–, nuestras bases navales y mucho más.» (p. 32)

Boris Johnson no sólo alaba la actitud de Churchill al preferir la guerra contra Alemania, pese a que muchos británicos prefirieran un pacto con Hitler (p. 37), sino que también transmite al lector las consecuencias negativas de haber obrado según el *modus operandi* pregonado por Halifax, Lloyd George o Chamberlain. El Reino Unido habría perdido la guerra, sumiéndose en la bancarrota moral, recalca el autor. En íntima relación con este argumento, Johnson expone que si bien hoy en día cualquier miembro del Partido Conservador considera a Churchill propiedad *tory*, tal situación contrasta con la observada en 1940. Entonces, tras convertirse en Primer Ministro fue recibido con una mezcla de oposición y silencio por parte de sus compañeros de bancada. La explicación de este hecho está relacionada, en parte, con las contadas muestras de sumisión a la disciplina de partido que habían caracterizado a Churchill durante su trayectoria como parlamentario; de hecho, a inicios del siglo XX se había integrado en las filas del Partido Liberal, abandonando el Partido Conservador.

Además, previamente, en las décadas finales del siglo XIX asumió como propia la táctica de su padre, Randolph Churchill, esto es, la denominada “democracia tory”: «un conservadurismo de izquierdas, imperialista, romántico, pero situado al lado del trabajador» (p. 68), lo que se tradujo en el impulso y posterior implementación de notables reformas sociales (por ejemplo, adelantar la edad de jubilación a los 65 años) que hizo compatibles con su defensa del libre mercado. Dicho con otras palabras: Winston Churchill defendió un modelo de “capitalismo compasivo”, reivindicado posteriormente por numerosos *tories*, por ejemplo David Cameron, ex Primer Ministro.¹ En definitiva, de lo que se trataba era de poner el Estado al servicio de los más desfavorecidos, fomentando un cam-

¹ David CAMERON: “Tory Party is modern and compassionate”. Discurso pronunciado durante la Conferencia Anual del Partido Conservador, *The Guardian*, 2 de octubre de 2011. Véase <http://www.theguardian.com/politics/2011/oct/02/cameron-tory-party-modern-compassionate> (consultado por última vez el 12-04-2016). Con respecto a la idea de “conservadurismo compasivo” proponemos también a Iain DUNCAN SMITH: “Renewing conservatism: lessons for Britain”, *Heritage Lectures*, 117, 9 de marzo de 2009. En <http://www.heritage.org/research/lecture/renewing-conservatism-lessons-from-britain> (consultado por última vez el 12-04-2016).

bio gradual, idea cuyas influencias se remontan a Edmund Burke en el siglo XVIII (p. 190).²

Oratoria y transversalidad política.

Una de las razones por las que Churchill ha pasado a la historia tiene que ver con su manejo magistral de la oratoria, con innumerables discursos en los cuales defendía sus ideas y exhortaba a la acción. ¿Cabe, entonces, calificarlo de político populista? Boris Johnson rechaza semejante etiqueta, esgrimiendo que «Hitler nos hizo ver el daño que puede causar el arte de la retórica. Churchill, en cambio, nos enseñó que con él se puede salvar a la humanidad. Se ha dicho que la diferencia entre los discursos de Hitler y los discursos de Churchill era que Hitler convencía a sus oyentes de que él, Hitler, podía hacer cualquier cosa, y Churchill los convencía de que eran ellos los que podían hacer cualquier cosa»!(p. 124). Esos discursos le granjearon una reputación y popularidad imperecedera.³

En cuanto a su transversalidad política, ésta se halla relacionada con que «una de las razones de que pudiera atraer tanto a la derecha como a la izquierda fue que, habiendo empezado su carrera como reformador social, era un político que podía enorgullecerse de haber hecho grandes cosas por el pueblo.»!(p. 175) En efecto, junto con David Lloyd George, Winston Churchill fue un gran reformador social y pieza clave del actual Estado de Bienestar británico. Ambos emprendieron una ardua batalla para implementar en el país una legislación social de tintes progresistas, lo que provocó que en el camino hubieran de enfrentarse con la ortodoxia del Partido Liberal, contrario a cualquier intervención del gobierno (p. 180). Bajo el punto de vista de Churchill, el trabajo retribuido a unos niveles por debajo de la subsistencia, favorecía no el progreso sino la degeneración progresiva (p. 180). No se trató de una afirmación retórica, sino que ello se tradujo en la puesta en marcha de las primeras agencias de empleo o en contratar a quien es considerado como el arquitecto del Estado de Bienestar británico, William Beveridge. No obstante, cabe añadir que el lector está legitimado para interpretar también este *modus operandi* bajo criterios estrictamente pragmáticos, puesto que, si bien Churchill rechazaba las desigualdades de clase, también temía que las mismas condujeran a una guerra entre las clases (p. 182).

Asimismo, como Ministro de Interior acertó las penas de cárcel o redujo el uso de las celdas de aislamiento. Igualmente, aunque algunas de las medidas que defendió no se llegaron a implementar, suscitó debates que se mantienen en la actualidad. Tal es el caso de su propuesta de eliminar la Cámara de los Lores.

¿Hacer la guerra por el simple hecho de hacer la guerra?

En lo relativo a la actuación que tuvo Churchill durante la Segunda Guerra Mundial, Boris Johnson no se conforma con presentarlo como el adalid de la democracia frente

² Véase al respecto Yuval LEVIN: *El gran debate. Edmund Burke, Thomas Paine y el nacimiento de la derecha y de la izquierda*, Madrid, Gota a Gota, 2015.

³ Winston CHURCHILL: *¡No nos rendiremos jamás!: los mejores discursos de Winston Churchill*, Madrid, Esfera, 2005.

a la tiranía, sino que tal finalidad la conecta con un objetivo más ambicioso: poner fin a una leyenda que tiene como tesis central que era belicista y disfrutaba con la guerra. Para ello, realiza un recorrido sucinto pero completo a fin de negar tal etiqueta. Así, comienza explicando que al término de la Primera Guerra Mundial Churchill, al contrario que otros políticos, no practicó el revanchismo hacia Alemania. Por tanto, se desmarcó y se opuso al Primer Ministro, David Lloyd George, que sí era partidario de mantener el bloqueo a Alemania. Churchill defendió levantarlo y enviar barcos con alimentos.

En íntima relación con este proceder, estimó que el Tratado de Versalles implicaba «una radical locura», opinión opuesta a la de Lloyd George y Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos. Una vez expuestos estos hechos, Johnson sentencia que «una de las mayores calumnias que se han lanzado contra Churchill fue/es la de acusarle de demasiado belicoso» (p. 197), añadiendo que detestaba la guerra imperialista, no provocada y patriotería.

Special Relationship.

Esta es una de las partes fundamentales de la obra, puesto que sintetiza el optimismo y el realismo de Winston Churchill. En efecto, el político británico creía que su país podía ganar la guerra (aspiración ciertamente impensable en 1940), aunque para ello era consciente de la obligatoria participación de Estados Unidos en la misma. Boris Johnson efectúa una descripción milimétrica de cómo gestionó Churchill la implicación final norteamericana, subrayando en todo momento el carácter complejo de dicha empresa.

En primer lugar, presenta la situación en la que se hallaban las tropas británicas en mayo de 1941: «des han partido la cara en Noruega, les han echado de Francia, expulsado de Grecia»!(p. 282). En segundo lugar, se centra en la reunión celebrada en Terranova entre Roosevelt y Churchill, cuyo resultado no respondió a las expectativas del político británico. Éste, sin embargo, en vez de desfallecer inició una estrategia en la que sus discursos resultaron determinantes para alterar la posición adoptada inicialmente por Estados Unidos, la cual podía resumirse del siguiente modo: «esta guerra aún no suponía una amenaza para los intereses vitales norteamericanos, y estaba localizada en un lejano continente donde había tenido lugar una matanza vergonzosa, todavía muy viva en la memoria. ¿Cómo podía explicarles ningún político a las madres de Kansas, pongamos por caso, que estaban en el deber de enviar a sus hijos a morir a Europa? Por segunda vez, además.»!(p. 285)

Así, frente a la negativa inicial, Churchill difundió la doctrina de las dos naciones que comparten lengua, tradición y una concepción idéntica del binomio libertad-democracia. Boris Johnson define el resultado como “asimetría romántica”, expresión con la que reconoce que la relación con Estados Unidos significaba más para Churchill que para Washington (p. 288). De hecho, al término de la Segunda Guerra Mundial, aunque Churchill mantuvo inalterable su confianza en Estados Unidos como baluarte de la democracia y de la libertad occidental, los gobiernos norteamericanos descartaron apoyarle

en determinadas aventuras bélicas que tenía en mente y que estaban orientadas a combatir la expansión del comunismo soviético.⁴

Churchill se reinventa tras la Segunda Guerra Mundial.

La trayectoria política, periodística y diplomática de Churchill no se agotó con el final de la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, a partir de ahí se abrió una nueva fase en su vida, apareciendo también algunas contradicciones, incluyendo una etapa (breve, eso sí) de depresión. En efecto, a pesar de ser uno de los héroes de la Segunda Guerra Mundial, en las elecciones generales de 1945 los británicos se decantaron por el Partido Laborista, liderado por Clement Attlee: «Churchill llegó hasta lo más profundo del alma de sus compatriotas cuando Gran Bretaña estaba sola, cuando estaba luchando por su supervivencia, y les proporcionó una confortación que ningún otro político podría haberles proporcionado [...]. Pero cuando el país se fue acercando al final de aquellos seis largos y debilitantes años de guerra, la gente necesitaba un lenguaje, una visión nueva de la Gran Bretaña de posguerra y eso fue algo que Churchill, exhausto, no pudo dar.»(p. 314) Asimismo, durante su etapa en la oposición (1945-1951), multiplicó las acusaciones contra los supuestos intentos del gobierno laborista por introducir el socialismo en el país,⁵ cuando su objetivo residía en modernizar las estructuras económicas y sociales nacionales con la finalidad de extender a toda la sociedad los beneficios del Estado de Bienestar.⁶

Sin embargo, una vez más, asistimos a la reinención o a la resurrección de Churchill, desarrollando un rol clave en la diplomacia internacional de posguerra, ejercido en diferentes niveles, todos ellos complementarios: la defensa de la alianza de occidente con Estados Unidos frente al comunismo, la apuesta por la unidad europea y la enumeración de los peligros de la expansión de la URSS en cada una de sus intervenciones. Sobre este último asunto, los discursos de Fulton y Zurich han pasado a la posteridad, si bien como le sucediera cuando anunció los peligros del nazismo, fue tildado de belicista, apostilla Johnson.

La victoria en las elecciones de 1951 supuso su regreso al número 10 de Downing Street. Su nuevo periplo como Primer Ministro duró sólo cuatro años por cuestiones de salud, aunque siguió ocupando un escaño como diputado a lo largo de la década de los cincuenta, siempre defendiendo un rol protagonista para Reino Unido en los asuntos globales, aunque en ocasiones sobrevalorando el potencial real de su país. En este punto, quizás el autor debería haber desarrollado más en profundidad la idea de que en los años 50, al contrario de lo sucedido en 1945, el Partido Conservador sí fue capaz de transformar

⁴ Véase al respecto Jonathan WALKER: *Operación "impensable". 1945. Los planes secretos para una tercera guerra mundial*, Barcelona, Crítica, 2015.

⁵ En Winston CHURCHILL: op. cit., véase por ejemplo los siguientes discursos: "El socialismo es la filosofía del fracaso", 28 de mayo de 1948, pp. 481-482; "Nuestros amos socialistas", 9 de febrero de 1950, p. 489.

⁶ BOGDANOR, Vernon: *Britain in the 20th century: the attempt to construct a Socialist Commonwealth*. Conferencia dictada el 15 de noviembre de 2011, Gresham College. <http://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/britain-in-the-20th-century-the-attempt-to-construct-a-socialist-commonwealth>. (Consultada por última vez el 28-04-2016).

su credo, fomentando por ejemplo una mayor intervención del Estado en la economía (objetivo que reprochó décadas después Margaret Thatcher).⁷ Los tories asumieron como propia la defensa y el fomento del Estado de Bienestar, convirtiéndose en una poderosa máquina de ganar elecciones y manteniéndose en el gobierno ininterrumpidamente entre 1951-1964.⁸

En conclusión.

Una obra necesaria y oportuna que nos acerca a un referente del siglo XX, Winston Churchill, con quien el autor empatiza en la mayoría de las ocasiones. El estilo de Boris Johnson, desenfadado y políticamente incorrecto, le capacita sobradamente para trazar el perfil de alguien que rompió de manera deliberada cuantas ortodoxias se cruzaron en su camino. No obstante, el excesivo énfasis de Boris Johnson en asociar implícita o explícitamente a Winston Churchill con conceptos como “gesta”, “valor” o “atrevimiento”, comporta una sublimación excesiva de la figura del biografiado en determinados puntos de la obra que roza la hagiografía, algo que podría restar dosis de veracidad al relato.

Dicho con otras palabras: convertir al político en mito no ayuda necesariamente a tener un conocimiento más objetivo del mismo. Churchill cometió errores de gestión antes de ser Primer Ministro, por ejemplo en el terreno de la economía o de las relaciones internacionales; exponerlos y analizarlos no supone menospreciar o subestimar sus aciertos como político. Exculparlos sistemáticamente sí que puede conducir a distorsionar su figura.

⁷ Véase, por ejemplo, los siguientes discursos de Margaret Thatcher: “Now is the time to choose”, 16 de abril de 1979; “The renewal of Britain”, 6 de julio de 1979. En <http://www.margaretthatcher.org/document/104009>; <http://www.margaretthatcher.org/document/104107>. (Consultado por última vez el 28-04-2016).

⁸ BOGDANOR, Vernon: *Britain in the 20th century. The conservative reaction, 1951-1965*. Conferencia dictada el 13 de diciembre de 2011, Gresham College. En <http://www.gresham.ac.uk/lectures-and-events/britain-in-the-20th-century-the-conservative-reaction-1951-1965>. (Consultada por última vez el 26-04-2016).